

¡Aleluya, en Cúcuta ha nacido un poeta!

Poemas para una fosa común

Ramón Cote

Arnao Ediciones. Madrid, 1984, 64 páginas

La reseña bibliográfica –género menor patéticamente armado de contextos y antecedentes– está desprovista de perspectiva histórica, esa forma prestigiosa del prejuicio. Sometida a la inmediatez del libro, circunscrita al análisis, se diría que el pudor de la reseña consiste en no permitirse sino la crítica desmenuzadora y evitar el entusiasmo.

Pero aquí lo principal es el entusiasmo ante un bello libro. Deslumbramiento que no disminuye con las lecturas posteriores, aun aquellas realizadas bajo la lupa del oficio humilde –y siempre distorsionado– del reseñista. Deslumbramiento que resiste estas lecturas posteriores y que con ellas se refuerza, se llena de “razones”.

Lo principal aquí, en este breve libro, es que hay hermosos poemas. Tantos, que la muestra la proporción un certero azar:

CARTA ROTA

*Lisboa me debe sus labios verdes
y su vino trenzado en sus murallas.*

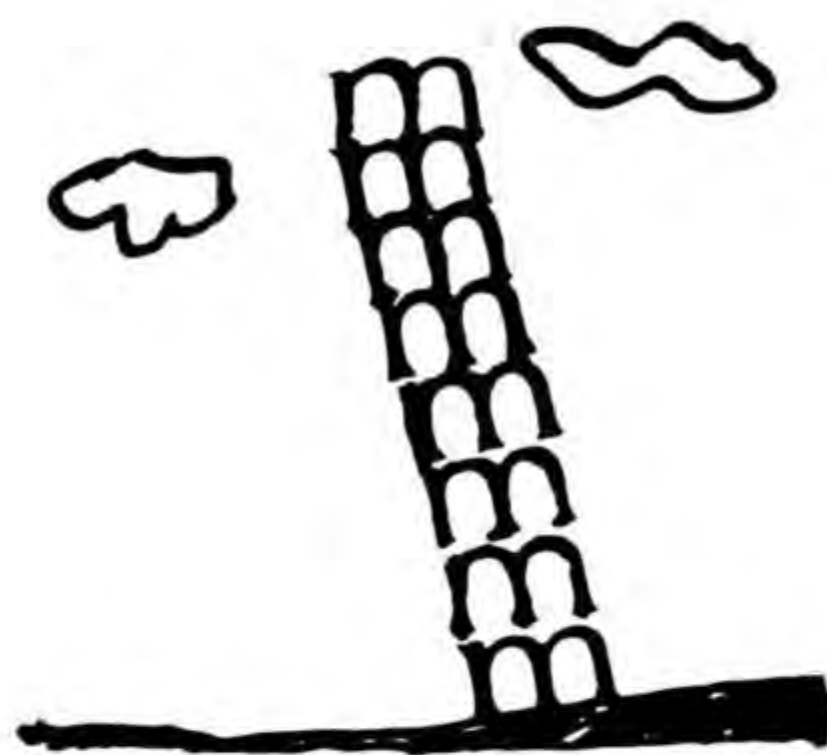
*Alza tu copa profunda, asómate
escondida en tu ardiente celosía
para rodear el sueño de tus sílabas
y morder contigo la fruta sagrada.*

*Iza los estandartes hacia oriente,
que una aldaba golpee tres veces
seguidas cualquier puerta
y que me abra de par en par el
abandono para saber que por fin he
llegado a Portugal.*

*Pronunciaré tu lento beso, al viento,
y las jarchas caerán como ramas secas
en el río.*

*Abre tu nombre, dulce Lisboa,
para soñar el día en que a mi sombra
se la roben tus palomas.*

Hasta aquí la reseña –en cuanto “crítica”– no logra comenzar. Pero lo principal ya está escuetamente dicho: un bello libro, hermosos poemas. Testimonio del entusiasmo de



lector, acta de deslumbramiento. Luego están los contextos, los antecedentes.

Ya se sabe que la circulación de la poesía, al contrario de la novela, es semiclandestina. En cada país, en cada época existen los Eduardo Carranza, los Álvaro Mutis, poetas públicos, individuos que sobrellevan la posesión notoria de la etiqueta de poetas; detrás de estos emblemas que cada época fabrica a su medida y a su modo(a), hay un grupo indeterminado de más o menos anónimos escritores y publicadores de poesía, cuya cantidad –siempre equivalente, por identidad, con la de lectores de poesía– aumenta a medida que desciende la edad, hasta ubicar la mayoría en muchachos de veinte a treinta años: concursadores habituales en los dos o tres premios anuales que se convocan en el país, asistentes a talleres literarios, imitadores de las voces en boga, editores de pequeñas y efímeras revistas que se financian solamente como demostración de que todavía existen los milagros. A este respecto puede decirse que la década del ochenta ha estado signada por la moda de la poesía. Nunca hubo en Colombia tantos concursos, talleres, revistas, veladas, publicaciones y poetas como hay hoy en día. Nunca antes, tampoco, hubo tanta fosforescencia poética en las universidades, ni éstas apoyaron tanto a Bardolandia. De esta manera, nunca hubo en Colombia, por mera ley estadística, tantas probabilidades de que surjan unas cuantas voces originales que renueven nuestras ya fatigadas retóricas.

De hecho, la probabilidad ha rendido ya sus frutos y es así como tres poetas nacidos después del 50 –Jaime Manrique, Víctor Gaviria y Rubén

Vélez– han ganado premios nacionales de poesía y algunas voces más jóvenes ya han publicado hermosos poemas, como Orlando Gallo, Carlos Enrique Ortiz y Rafael del Castillo.

De toda la nueva poesía colombiana, acaso el conjunto más valioso de poemas sea el que Ramón Cote reunió con el título de *Poemas para una fosa común*. Frente a las (efímeras) dicotomías que se presentan en la hora actual de la poesía colombiana, el libro de Cote se lee como una (involuntaria y) perfecta síntesis de procedimientos, lenguajes y temas, todo galvanizado por una fuerza personalísima, que Claudio Rodríguez, en nota introductoria, llama “imaginación emocionante”. Allí está el poema en prosa, el recurso tipográfico, la desbordada sensualidad de la imagen, el poema narrativo donde la emoción poética se transmite por acumulación de elementos; allí están los temas de la guerra y del destino, la (auto)biografía y la literatura, pero todo está al servicio de un universo poético personal, como medio, no como fin. Desde la perspectiva del análisis, desmenuzándolo, el libro de Cote es notable por el dominio técnico que denota, por el taller que tiene. Si bien lo anterior puede predicarse de mucha poesía colombiana con similares estándares de calidad técnica, lo verdaderamente notable de *Poemas para una fosa común* es que tales recursos estén al servicio de la poesía, que no haya autocomplacencia, ni pirotecnia, ni circunloquios. Traduciendo a hechos lo anterior, significa que en este libro no sobran palabras.

En *Poemas para una fosa común* coexiste una visión desgarrada, dura, despiadada con las máscaras que adopta (y que son) el poeta, con la sensualidad y la certera imaginación de las palabras que refieren al mundo. Dos poemas finales pueden bien mostrar este contraste, y cumplen bien la función de sustituir las palabras de la reseña con otras, muy nuevas, de este nuevo poeta nacido en Cúcuta el 18 de mayo de 1963.

MINAS DE CARBÓN

Estas son las mudas colonias de la noche, las que aumentan tatuando a la sombra contra el monte, que al fondo -verde heraldo de la cordillera- divide el valle y decide desde su altura la orilla definitiva de tanta cebada. Insisten sus relámpagos sencillos en la mirada, mientras la noche sigue desovando bajo un montón de ceniza sola este horóscopo de llama libre, fuego afuera de toda oscuridad.

TESTIMONIO DE SOLEDAD

Tu silencio alarga la mano como el cuenco de esta luna mendiga. Tu callada evidencia vadea a toda hora la lluvia por la que paso, tu vocación de azar. Tus ojos aún sin color para mis ojos. Tu voz es el espejismo de todos los pájaros.

DARÍO JARAMILLO A.



Aurora pagana llena de sorpresas

Este lugar de la noche

José Manuel Arango
Colcultura. Bogotá, 1984, 142 páginas

Uno de los pocos axiomas que la poesía tolera, a pesar de las escuelas y de los dogmáticos movimientos literarios, es la certeza de que las estéticas pueden ser tantas como poetas hay y de que es imposible -y también ilícito- imponerle a un poeta los criterios que deben orientar la construcción de sus ásperos o melódicos períodos de palabras. Cada poeta verdadero, cada nueva voz, comienza algo y nos revela un costado

de la realidad que sin él habría permanecido secreto. Esta labor del poeta como revelador de cosas que son ciertas y son de todos pero que permanecían en el oscuro limbo de las sensaciones y de los hechos, sin emerger a la conciencia, es admirablemente cumplida por José Manuel Arango, cuya voz es una de las más nítidas y singulares que hayan aparecido entre nosotros en los últimos tiempos.

Poesía que discurre en un ámbito voluntariamente limitado, poesía situada en una región, en unos hábitos, en unas frecuencias de la naturaleza, pronto olvidamos sin embargo su carácter local, porque el poeta consigue, con la severa magia de su lenguaje, revelarnos lo que de verdadero y necesario para todos los hombres hay en esos llanos, montes y calles por donde discurre pensativo y siempre vigilante. José Manuel Arango es un poeta que no dice todo. La atmósfera total de sus poemas está apenas sugerida por unos cuantos elementos, pero su nitidez y su vigor no dejan lugar a vaguedad alguna. Como en la poesía oriental, de la que también, sin duda, procede, aquí la sombra maciza de un árbol sobre un muro blanco basta para darnos la densa y agobiante quietud del verano, y el paso solitario por calles que tienen nombre de batallas nos hace sentir la extensión de la ciudad nocturna tras cuyas puertas cerradas los hombres han descendido a un mundo prehistórico.

Esta poesía nos deja la constante sensación de un espíritu alerta a las menudas transfiguraciones que son el espacio y el tiempo, un espectador conmovido de las metamorfosis del mundo. José Manuel Arango sabe que mirar es también un movimiento del espíritu, y en su poema *Ciudad* nos hace comprender que ir por esas calles habituales es al mismo tiempo recorrer los planos sombríos del alma. Poesía para desdibujar un poco ese vano abismo que imaginamos entre nuestras almas y el supuesto mundo exterior, entre la ajena realidad y nuestras fantasías interiores. Estos poemas no se mueven en el límite entre la realidad y

la mente, viven de la fusión entre esas dos regiones y de allí, con frecuencia, la intensidad onírica, es decir real e inmediata, de sus imágenes, de sus hechos.

Lo primero que nos impresiona en estos poemas es la voluntaria y exquisita parquedad del lenguaje. Más sorprendente es, sin embargo, que mediante esa suerte de ascetismo el poeta logre darnos tanta diversidad de temas y una tal plenitud de sensaciones. Su tono no es nunca clamoroso, y lo cierto es que el poeta tampoco canta, en el sentido ondulatorio de la palabra. Son poemas hablados, casi siempre serenos, aunque no renuncian a la posibilidad de exaltarse, como lo prueba ya el que abre el libro *Este lugar de la noche*, donde (en una Antioquia que bien podría ser Grecia o el perdido Imperio Chino, porque lo importante es la respuesta de las criaturas ante los fenómenos) se nos hace sentir el regocijo pagano de los hombres ante la noche que llega, ante el retorno de sus antiguos y siempre nuevos misterios. A José Manuel Arango lo sobrecoge esa impresión de vida que producen los movimientos físicos, el viento, el temblor del agua, el paso de las nubes y el girar de las sombras bajo el sol que alabea en el cielo. Siente en los fenómenos algo como la huella de antiguas catástrofes y en los hábitos de los hombres de hoy la persistencia de los dramas eternos:

*repetido naufragio de los parques
en el anochecer
la hora en que cerrado
por el roce de un ala
sombria
el corazón desciende a frías moradas*

Así, en aquel poema que comienza diciendo "la casa que reduce la noche a límites", sentimos en la soledad de la noche el emerger de pensamientos y de símbolos, como trozos que flotarían de un hundimiento antiquísimo, como si el pasado de todos regresara a la vigilia de cada uno. Hay en esos versos una raíz mítica, una capacidad sagrada para percibir bajo la aparente trivialidad de los hechos ese sedimento de eternidad que todo